

Traducción  
María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

# David Foenkinos

## Charlotte



Charlotte Salomon, pintora alemana de origen judío, deja Berlín tras una infancia marcada por una tragedia familiar y una relación amorosa que dejará en ella una huella definitiva, y pone rumbo a Francia huyendo de los nazis. En el sur de Francia le esperan sus abuelos, quienes custodian un secreto que Charlotte no puede conocer. Allí comienza a componer su fascinante autobiografía a través de una obra única. Al saberse en peligro confía sus cuadros a su médico a quien confiesa: "Es toda mi vida".

Quien está vivo y no puede con la vida necesita una mano que aparte un tanto la desesperación que le infunde su destino.

KAFKA

*Diarios*, 19 de octubre de 1921

Esta novela está inspirada en la vida de Charlotte Salomon.

Una pintora alemana asesinada a los veintiséis años, estando embarazada.

Mi fuente principal es su obra autobiográfica: *¿Vida? ¿O teatro?*

# Primera parte

## 1

Charlotte aprendió a leer su nombre en una tumba.

Así que no es la primera Charlotte.

Antes existió su tía, la hermana de su madre.

Las dos hermanas están muy unidas, hasta una tarde de noviembre de 1913.

Franziska y Charlotte cantan juntas, bailan y ríen también.

Y es algo que nunca resulta extravagante.

Hay pudor en esa forma de practicar la dicha.

Quizá tiene que ver con la personalidad de su padre.

Un intelectual rígido, aficionado al arte y a las antigüedades.

Opina que nada hay que importe más que una mota de polvo romano.

La madre es más dulce.

Pero de una dulzura rayana en la tristeza.

Su vida ha sido una secuencia de dramas.

Resultará de gran utilidad enumerarlos más adelante.

De momento, quedémonos con Charlotte.

La primera Charlotte.

Es guapa, con una melena larga y negra como las promesas.

Con la premiosidad comienza todo.

Poco a poco, lo va haciendo todo más despacio: comer, andar, leer.

Algo en ella se va refrenando.

Seguramente se le ha infiltrado la melancolía en el cuerpo.

Una melancolía devastadora, de la que no se regresa.

La dicha se convierte en una isla en el pasado, inaccesible.

Nadie nota que surge esa premiosidad en Charlotte.

Qué insidioso es todo.  
Comparan a ambas hermanas.  
Una sonríe más que otra, sencillamente.  
Como mucho, de tanto en tanto, comentan que se ensimis-  
ma largos ratos.  
Pero la noche se va adueñando de ella.  
Esa noche que hay que esperar, para que pueda ser la últi-  
ma.

Es una noche muy fría de noviembre.  
Cuando todos duermen, Charlotte se levanta.  
Coge unos cuantos efectos personales, como para un viaje.  
La ciudad parece en pausa, cuajada en un invierno precoz.  
La muchacha acaba de cumplir dieciocho años.  
Se encamina deprisa a su destino.  
Un puente.  
Un puente que adora.  
El lugar secreto de su negrura.  
Hace mucho que sabe que será su último puente.  
En la noche negra, sin testigos, salta.  
Sin la mínima vacilación.

Cae al agua helada y convierte su muerte en un suplicio.

Encuentran su cuerpo al alba, varado en una orilla.  
Tiene partes totalmente azules.  
Despiertan a sus padres y a su hermana con esta noticia.  
El padre se queda cuajado en el silencio.  
La hermana llora.  
La madre lanza alaridos de dolor.

Al día siguiente, los diarios recuerdan a la joven.  
Que se mat  sin la mínima explicación.  
A lo mejor así es el colmo del escándalo.  
La violencia sumada a la violencia.  
 Por qué?

Su hermana considera ese suicidio como una afrenta a su unión.

Casi siempre se siente responsable.

No vio nada, no entendió la premiosidad.

Ahora sigue adelante con el corazón culpable.

## 2

Los padres y la hermana no asisten al entierro.

Destrozados, se meten en la madriguera.

También están un tanto avergonzados seguramente.

Hay que huir de la mirada de los demás.

Así transcurren unos cuantos meses.

Con la imposibilidad de participar en el mundo.

Una prolongada etapa de mutismo.

Hablar es correr el riesgo de evocar a Charlotte.

Está oculta detrás de cada palabra.

Sólo el silencio puede sustentar el avance de los supervivientes.

Hasta el momento en que Franziska pone un dedo en el piano.

Toca una pieza, canta bajito.

Los padres se le acercan.

Y dejan que los pille por sorpresa esa manifestación de vida.

El país entra en guerra, y puede que valga más así.

El caos es el decorado que le va bien a su dolor.

Por vez primera, el conflicto es mundial.

Con Sarajevo caen los imperios del pasado.

Millones de hombres corren apresuradamente hacia su fin.

La lucha por el porvenir transcurre en túneles largos excavados bajo tierra.



Franziska decide entonces hacerse enfermera.  
Quiere cuidar a los heridos, curar a los enfermos, revivir a los muertos.  
Y sentirse útil, por supuesto.  
Ya que vive a diario con la sensación de haber sido inútil.  
A su madre la asusta esa decisión.  
Y llegan tensiones y peleas.  
Una guerra dentro de la guerra.  
Todo en vano; Franziska se alista.  
Y está cerca de las zonas de peligro.  
A algunos les parece valiente.  
Sencillamente, le ha perdido el miedo a la muerte.

En plena refriega, conoce a Albert Salomon.  
Es uno de los cirujanos más jóvenes.  
Es muy alto y está muy concentrado.  
Uno de esos hombres que, incluso cuando están quietos, parecen tener prisa.  
Dirige un hospital de campaña.  
En el frente, en Francia.  
Tras morir sus padres, la medicina le hace las veces de familia.  
Su tarea le obnubila, nada le distrae de su misión.  
No parece hacerles mucho caso a las mujeres.  
Apenas si se ha percatado de la presencia de una enfermera nueva.  
Aunque ésta no deja de sonreírle.  
Afortunadamente, un acontecimiento modifica la historia.  
En plena operación, Albert estornuda.  
Le moquea la nariz, debe sonarse.  
Pero tiene las manos ocupadas en examinarle las tripas a un soldado.  
Entonces Franziska le da un pañuelo.  
En ese preciso instante la mira, por fin.

Un año después, Albert echa mano de todo su valor.

Ambas manos, sus manos de cirujano.  
Y va a ver a los padres de Franziska.  
Éstos se muestran tan fríos que se queda parado.  
¿A qué venía yo?  
Ah, sí..., a pedirles a su hija... en ma... trimonio...  
¿Pedirnos qué?, refunfuña el padre.  
No quiere por yerno a esa espingarda.  
Seguro que no es digno de casarse con una Grunwald.  
Pero Franziska insiste.  
Dice que está muy enamorada.  
Nunca hay seguridad de algo así.  
Pero no tiene nada de caprichosa.  
Desde que murió Charlotte, la vida quedó reducida a lo esencial.

Los padres acaban por ceder.  
Se fuerzan para mostrar cierta alegría.  
Para reanudar su relación con la sonrisa.  
Llegan incluso a comprar flores.  
Hace tanto que no se ven colores en el salón...  
Es una forma de renacimiento mediante los pétalos.  
No obstante, a la boda van con cara de funeral.

### 3

Ya desde los primeros días, Franziska se queda sola.  
¿Por qué llaman a eso *vivir en pareja*?  
Albert se ha vuelto a marchar al frente.  
La guerra se empantana. Parece eterna.  
Las trincheras son una carnicería.  
Con tal de que no muera su marido...  
No quiere ser viuda.  
Encima de que es...

¡Anda! ¿Qué palabra hay cuando se pierde a una hermana?  
No existe, no se dice nada.  
El diccionario a veces es púdico.  
Como si también él se asustase del dolor.

La recién casada deambula por ese piso tan grande.  
En la primera planta de un edificio burgués, en Charlotten-  
burg.

*El barrio de Charlotte.*

Está en el número 15 de Wielandstrasse, cerca de Savigny-  
platz.

He paseado muchas veces por esa calle.

Incluso antes de saber de Charlotte, me gustaba su barrio.

En 2004, quise ponerle de título a una novela *Savignyplatz*.

Ese nombre me retumbaba por dentro de forma peculiar.

Algo me atraía y no sabía qué.

Un pasillo largo cruza ese piso grande.

Franziska se sienta ahí con frecuencia a leer.

Se siente como en la frontera de su casa.

Hoy no tarda mucho en cerrar el libro.

Le da un mareo y va al cuarto de baño.

Y se humedece un poco la cara.

Le bastan unos segundos para caer en la cuenta.

Mientras está atendiendo a un enfermo, Albert recibe una  
carta.

Al verle la cara lívida, un enfermero se preocupa.

Mi mujer está embarazada, suspira al fin.

En los meses siguientes, intenta volver a Berlín siempre que  
puede.

Pero las más de las veces Franziska está sola con su vientre.

Pasea por el pasillo y le habla ya a su niño.

Deseando ponerle fin a su soledad.

El parto acontece el 16 de abril de 1917.

Ha llegado una heroína.

Pero también una niñita que no para de llorar.  
*Como si no aceptase haber nacido.*

Franziska quiere llamarla Charlotte, en honor a su hermana.  
Albert se niega a ponerle el nombre de una muerta.  
Y menos aún de una suicida.  
Franziska se indigna, llora, pierde los nervios.  
Es una forma de conseguir que siga viva, piensa.  
Por favor, sé sensata, repite Albert.  
En vano; sabe que no lo es.  
También la quiere por eso, por esa locura tenue.  
Por esa forma de no ser nunca la misma mujer.  
Es, por turnos, libre y sumisa, febril y brillante.  
Sabe que es un combate inútil.  
Y además, ¿a quién le apetece pelear en plena guerra?  
Así que se llamará Charlotte.

#### 4

¿Cuáles son los primeros recuerdos de Charlotte?  
¿Olores o colores?  
Lo más probable es que sean notas.  
Las melodías que le cantaba su madre.  
Franziska tiene voz de ángel y se acompaña al piano.  
Desde su más tierna edad, a Charlotte la arrulla el piano.  
Más adelante, pasará las páginas de las partituras.  
Así transcurren sus primeros años, al compás de la música.

A Franziska le gusta pasear con su hija.  
Se la lleva al corazón verde de Berlín, el Tiergarten.  
Es un islote de paz en una ciudad donde aún rezuma la derrota.  
Charlotte mira los cuerpos dañados y mutilados.  
La asustan todas esas manos que se alargan hacia ella.

Un ejército de mendigos.  
Baja la mirada para no ver los rostros destrozados.  
Y no alza la cabeza hasta que llega al bosque.  
Allí puede perseguir a las ardillas.

Y además, hay que ir al cementerio.  
Para no olvidar nunca.  
Charlotte no tarda en entender que los muertos forman parte de la vida.  
Toca las lágrimas de su madre.  
Que llora a su hermana como el primer día de su desaparición.  
Hay dolores que nunca pasan.  
En la tumba, Charlotte lee su nombre.  
Quiere saber qué pasó.  
Su tía se ahogó.  
¿No sabía nadar?  
Fue un accidente.  
Franziska se apresura a cambiar de tema.  
Tal es la primera componenda con la realidad.  
El comienzo del teatro.

Albert no aprueba esos paseos al cementerio.  
¿Por qué te llevas a Charlotte tan a menudo?  
Es una atracción morbosa.  
Le pide que espacie las visitas, que deje de llevar a su hija.  
Pero ¿cómo comprobarlo?  
Nunca está en casa.  
Sólo piensa en el trabajo, dicen sus suegros.  
Albert quiere llegar a ser el mejor de los médicos alemanes.  
Cuando no está en el hospital, se pasa la vida estudiando.  
  
Hay que desconfiar de un hombre que trabaja demasiado.  
¿De qué intenta escapar?  
De un temor o de un simple presentimiento.

Su mujer se porta de forma más inestable cada día.  
Albert comprueba que por momentos está ida.  
A veces, podría parecer que está de vacaciones de sí misma.  
Se dice a sí mismo que es soñadora.  
Solemos buscar explicaciones gratas para las rarezas de los demás.  
Hay motivos para preocuparse, vaya.  
Se queda días enteros tumbada en la cama.  
Sin ir siquiera a buscar a Charlotte al colegio.

Y luego, de pronto, vuelve a su ser.  
En la fracción de un minuto, sale del letargo.  
Sin la mínima transición, lleva a Charlotte a todas partes.  
Por la ciudad y los parques, al zoo y a los museos.  
Hay que pasear, leer, tocar el piano, aprenderlo todo.  
En los momentos en que está viva, le gusta organizar fiestas.  
Quiere ver a gente.  
A Albert le gustan esas veladas.  
Son su liberación.  
Franziska se sienta al piano.  
Es tan hermosa esa forma suya de mover los labios.  
Parece que conversa con las notas.  
Para Charlotte, la voz de su madre es una caricia.  
Cuando tienes una madre que canta tan bien, no puede sucederte nada.

Como una muñeca, Charlotte está a pie firme en medio del salón.  
Recibe a los invitados con su mejor sonrisa.  
Esa que ha ensayado con su madre hasta quedársele rendida la mandíbula.  
¿Dónde está la lógica?  
Su madre se pasa encerrada semanas.  
Luego, el demonio social se adueña de ella de repente.

A Charlotte la divierten esos cambios.  
Prefiere el desbarajuste a la apatía.  
El exceso, al vacío.  
Este vacío que vuelve, ahora.  
Tan deprisa como se había escabullido.  
Y Franziska se acuesta otra vez, el vacío la deja exhausta.  
Perdida en la contemplación de un allende al fondo de su cuarto.

Ante las incoherencias maternas, Charlotte es dócil.  
Amansa su melancolía.  
¿Así es como llega una a ser artista?  
¿Acostumbrándose a la locura de los demás?

## 5

Charlotte tiene cinco años cuando su madre empeora.  
Las fases depresivas se eternizan.  
Ya nada le apetece, se siente inútil.  
Albert suplica a su mujer.  
Pero las tinieblas han tomado asiento en la cama de ambos.  
Te necesito, dice.  
Charlotte te necesita, añade.  
Ella se queda dormida, por esta noche.

Pero se vuelve a levantar.  
Albert abre los ojos, la sigue con la mirada.  
Franziska se acerca a la ventana.  
Quiero ver el cielo, dice para tranquilizar a su marido.  
Con frecuencia le cuenta a Charlotte que en el cielo todo es más hermoso.  
Y añade: cuando esté en el cielo, te enviaré una carta para contártelo.